



micro cuentos con IA

*Primeros pasos en
la interacción con
Microsoft Copilot*

E.D.I. Informática I

MICROCuentos con Inteligencia Artificial

1° AÑO - INFORMÁTICA. E.C.M.Z - U.N.Cuyo

El presente documento guarda testimonios de 10 producciones realizadas por estudiantes de 1°3° y 1°7° de nuestra Escuela. Las narraciones, así como ilustraciones que a continuación se muestran, han sido logradas durante la etapa de diagnóstico correspondiente a las primeras semanas de Marzo en el Espacio de Definición Institucional Informática I: Introducción a la Programación; ciclo lectivo 2024.

Para ello los estudiantes han interactuado conversacionalmente con el asistente de inteligencia artificial (IA) Microsoft Copilot GPT-4 a fines de solicitar bajo criterios específicos la creación de narrativas breves y de imágenes complementarias a las mismas.

Se ha tomado por criterio para esta selección, los microcuentos que, junto con sus ilustraciones, narran sobre subjetividades juveniles, experiencias y logros inspiradores para nuestros estudiantes. Desde ya mis felicitaciones por los excelentes resultados y por sus primeras experiencias programando conversacionalmente a uno de los más completos asistentes de I.A.

Prof. Abel Serú

abel.seru@uncuyo.edu.ar

Índice

El Pequeño Astronauta, por Alicia Mamani, 1°3°	<i>pág. 4</i>
La Misión Nocturna de Garra Veloz, por Megan Panelo, 1°3°	<i>pág. 6</i>
El viaje cósmico de Astro, por Laureano Miguel Rebeco con Thiago Ruiz, 1°3°	<i>pág. 8</i>
El Mago de los Deseos, por Malena Yanzon, 1°3°	<i>pág. 10</i>
El Torneo Encantado de Fútbol Sala, por Bautista Asargado Marquez, 1°7°	<i>pág. 11</i>
El Encanto de las Estrellas, por Julieta Aldeco Gutierrez, 1°7°	<i>pág. 13</i>
El Brillo de las Estrellas, por Bautista Cofre con Genaro Aguirre, 1°7°	<i>pág. 15</i>
Juan de las Calles: El Héroe Anónimo, por Joaquín Ubilla con Ignacio Martínez, 1°7°	<i>pág. 18</i>
El Campeonato de los Valores, por Francisco Salguero con Bautista Grimalt, 1°7°	<i>pág. 19</i>
Esteban y el Robot de los Deseos, por Francisco Salguero con Bautista Grimalt, 1°7°	<i>pág. 21</i>

El Pequeño Astronauta

por Alicia Mamani, 1°3°

Había una vez un pequeño astronauta llamado Nico. Aunque su estatura no superaba la de un niño de 10 años, su corazón latía con la valentía de un explorador espacial experimentado. Vivía en una pequeña casa en el tranquilo pueblo de ****Estrellaville****, donde las noches eran mágicas y el cielo se llenaba de destellos plateados.

Nico soñaba con viajar más allá de las nubes y tocar las estrellas. Su habitación estaba decorada con cohetes de juguete, mapas estelares y libros sobre astronautas famosos. Cada noche, antes de dormir, miraba por la ventana y suspiraba: "Algún día, seré un verdadero astronauta".



Un día, mientras paseaba por el parque, Nico encontró una extraña piedra brillante. Parecía una estrella diminuta, atrapada en la tierra. La recogió y la guardó en su bolsillo. Esa noche, cuando todos dormían, la piedra comenzó a brillar intensamente. Nico sintió un cosquilleo en la piel y, sin pensarlo dos veces, se subió a su bicicleta y pedaleó hacia el bosque.

La piedra lo guió a través de los árboles, hasta llegar a un claro. Allí, en medio de la hierba, había un pequeño cohete espacial. Nico no podía creerlo. ¡Era su oportunidad! Subió al cohete y

apretó los botones. Los motores rugieron y el cohete se elevó hacia el cielo.

Nico atravesó las nubes y emergió en el espacio. Las estrellas lo rodeaban como luciérnagas brillantes. Flotó en la ingravidez, maravillado por la belleza del universo. Pasó junto a la Luna, saludó a Marte y se deslizó por los anillos de Saturno.

Pero entonces, algo salió mal. El combustible se agotó y el cohete comenzó a caer. Nico entró en pánico. ¿Cómo regresaría a casa? Pero justo cuando pensó que todo estaba perdido, una voz suave resonó en su oído.

"Pequeño astronauta, no temas", dijo la voz. "Soy ****Stelina****, la estrella que encontraste. Te ayudaré a volver a casa". Stelina guió al cohete hacia una estación espacial abandonada. Nico aterrizó con un suave golpe y salió del cohete.

La estación estaba llena de robots amigables y luces parpadeantes. Nico aprendió a reparar el cohete y a comunicarse con las estrellas. Pasó semanas explorando el espacio, visitando planetas lejanos y haciendo amigos alienígenas.

Pero su corazón anhelaba la Tierra y su familia. Stelina le mostró cómo usar la piedra brillante para regresar. Nico abrazó a sus nuevos amigos y se despidió con lágrimas en los ojos.

Cuando aterrizó en Estrellaville, todos lo esperaban. Su madre lo abrazó fuerte y le preguntó dónde había estado. Nico sonrió y dijo: "He sido un verdadero astronauta, mamá. Y ahora, siempre llevaré las estrellas en mi corazón".

Desde entonces, Nico siguió soñando y explorando. Pero nunca olvidó su aventura espacial. Cada noche, miraba al cielo y susurraba: "Gracias, Stelina. Gracias por hacerme un verdadero astronauta".

Y así, el pequeño astronauta Nico continuó su viaje, con el corazón lleno de estrellas y la valentía de un explorador que nunca dejaría de soñar. 🚀 ✨ *Fin*

La Misión Nocturna de Garra Veloz

por Megan Pabelo, 1º3º

En la tranquila ciudad de Azoteas Altas, donde los tejados se tocaban casi como si quisieran compartir secretos, vivía un gato llamado Garra Veloz. No era un gato cualquiera; era el protector silencioso de todos los felinos del vecindario.



Una noche, mientras la luna brillaba como un farol plateado en el cielo, Garra Veloz escuchó un suave maullido de auxilio. Era Pelusa, la gatita más joven del lugar, conocida por su curiosidad sin límites. Había quedado atrapada en el viejo molino en la colina, donde las sombras jugaban a ser más

grandes de lo que eran y los viejos engranajes crujían como fantasmas del pasado.

Sin perder un segundo, Garra Veloz saltó de su acogedor cesto y corrió por las azoteas, sus patas apenas hacían ruido sobre las tejas frías. La noche era su aliada, y las estrellas parecían guiñarle, marcando el camino.

Al llegar al molino, Garra Veloz encontró a Pelusa en una ventana alta, con el miedo reflejado en sus ojos verdes. El molino estaba rodeado de espinos y zarzas que se movían con el viento como si fueran las garras de algún monstruo invisible.

"¡No temas, Pelusa! ¡Estoy aquí para salvarte!" maulló Garra Veloz con determinación.

Con agilidad felina, trepó por la pared de piedra, esquivando las zarzas traicioneras. Cada salto era un cálculo perfecto, cada movimiento una danza de precisión. Finalmente, alcanzó la ventana y, con un suave empujón, abrió el pestillo con su pata.

Pelusa saltó a sus brazos, y juntos, descendieron por el molino. Pero no estarían a salvo hasta llegar a casa. De repente, un grupo de búhos, guardianes de la noche, apareció en el cielo, sobrevolando y observando con sus grandes ojos.

Garra Veloz sabía que los búhos no eran enemigos, pero su presencia podía asustar a Pelusa. Así que, con un maullido de confianza, les pidió ayuda. Los búhos, comprendiendo la situación, formaron un círculo protector sobre ellos mientras regresaban a casa.

La misión había sido un éxito. Pelusa estaba a salvo, y Garra Veloz había demostrado una vez más por qué era el héroe de Azoteas Altas. Mientras el alba comenzaba a teñir el cielo de

colores cálidos, los gatos del vecindario se reunieron para celebrar. Había risas, juegos y un festín de atún y crema.

Y así, bajo el primer rayo de sol, Garra Veloz se retiró a su cesto, listo para dormir y soñar con nuevas aventuras. Porque en Azoteas Altas, siempre habría una historia que contar y un héroe dispuesto a responder al llamado de la noche. *Fin*

El viaje cósmico de Astro

por Laureano Miguel Rebeco con Thiago Ruiz, 1°3°

Había una vez, en un pequeño planeta llamado Tierra, un grupo de amigos que compartían una pasión: las estrellas. Cada noche, se reunían en el campo, lejos de las luces de la ciudad, y extendían sus mantas para mirar el cielo nocturno.

Una noche, mientras observaban las constelaciones, una estrella fugaz surcó el cielo. "¡Pide un deseo!" exclamó Martina, y todos cerraron los ojos para soñar en silencio. Pero cuando los abrieron, algo mágico sucedió: ¡la estrella fugaz había aterrizado justo frente a ellos!



Era una nave espacial diminuta, y de ella salió un ser de luz llamado Astro. "He venido a mostrarles los secretos del universo", dijo con una voz que sonaba como el eco de un sueño.

Los amigos no podían creer lo que veían. Subieron a la nave y, en un abrir y cerrar de ojos, estaban surcando el espacio. Pasaron por planetas de colores vibrantes, asteroides que parecían diamantes flotantes y nebulosas que danzaban como velos de novia en el cosmos.

Astro les enseñó que cada estrella era un sol, y que algunos tenían planetas girando a su alrededor. Les mostró cómo nacen las estrellas en las nebulosas y cómo algunas explotan en supernovas, esparciendo los elementos que formarán nuevas estrellas y planetas.

"El universo está lleno de maravillas y misterios", explicó Astro. "Y lo más asombroso es que todos somos parte de él. Los átomos que forman nuestros cuerpos fueron forjados en las estrellas hace millones de años."

Los niños escuchaban, fascinados, mientras la nave los llevaba más allá de la Vía Láctea, hacia galaxias lejanas. Vieron agujeros negros tragando la luz, y pulsares girando a velocidades inimaginables.

Finalmente, después de un viaje que pareció durar una eternidad y un instante al mismo tiempo, Astro los llevó de regreso a la Tierra. "Recuerden siempre mirar las estrellas con curiosidad y asombro", les dijo antes de despedirse.

Los amigos regresaron a sus mantas en el campo, mirando el cielo con nuevos ojos. Sabían que, aunque eran pequeños en el vasto universo, llevaban dentro de sí el polvo de las estrellas y la luz de mil soles.

Y así, cada noche, cuando miraban las estrellas, recordaban su increíble viaje y sabían que, en alguna parte, allá afuera, Astro seguía explorando los infinitos misterios del cosmos.

Y vivieron siempre con la mirada puesta en las estrellas, soñando con las maravillas del universo, conscientes de que la aventura más grande estaba escrita en las luces del cielo nocturno. *Fin*

El Mago de los Deseos

por Malena Yanzon, 1º3º

Había una vez una niña llamada Elena, cuyos ojos brillaban con la curiosidad y la imaginación. Vivía en un pequeño pueblo rodeado de bosques misteriosos y montañas imponentes.

Aunque su vida era sencilla, Elena soñaba con aventuras más allá de las colinas y los árboles.



Un día, mientras exploraba el bosque, Elena encontró una cueva escondida detrás de una cascada. La entrada estaba cubierta de musgo y parecía susurrar secretos al viento. Sin pensarlo dos veces, se adentró en la oscuridad.

En el interior, una figura encapuchada la esperaba. Era el Mago de los Deseos, un anciano con barba plateada y ojos centelleantes. Elena no podía creer su suerte. ¿Había encontrado a un verdadero mago?

El Mago sonrió y le dijo: “¿Qué deseas, pequeña aventurera?” Elena no dudó. “Quiero ser libre como el viento”, respondió. “Quiero moverme como las hojas acariciadas por el sol”.

El Mago asintió y agitó su bastón. En un instante, los cabellos de Elena se transformaron en ramas secas. Sus pies se elevaron del suelo y comenzó a flotar. El viento la llevó por los cielos, entre nubes esponjosas y estrellas titilantes.

Elena reía y giraba, sintiéndose parte del viento mismo. Pasó sobre montañas, ríos y valles. Visitó tierras lejanas y saludó a las aves migratorias. *Fin*

El Torneo Encantado de Fútbol Sala

por Bautista Asargado Marquez, 1º7º

En la aldea de Pelotavilla, la emoción llenaba el aire con la llegada del torneo anual de fútbol sala. Risas, zapatillas deportivas y balones rebotando adornaban el gimnasio. Este año, sin embargo, prometía una sorpresa.

Lucía, una niña de trenzas y ojos brillantes, guardaba un secreto. Su abuelo le había obsequiado un balón antiguo que resplandecía intensamente, alegando que poseía poderes mágicos. Aunque escéptica, Lucía decidió llevarlo al torneo.

Con la llegada del gran día, se formaron los equipos: los Tigres Veloces, los Leones Saltarines, las Águilas Voladoras y, claro

está, los Unicornios Brillantes de Lucía. Cada uno lucía un uniforme vibrante y entonaba su propio grito de batalla.

El primer encuentro fue un espectáculo. Los Tigres Veloces desafiaban el viento, los Leones Saltarines danzaban en el aire y las Águilas Voladoras parecían desafiar la gravedad. Pero al



tocar Lucía el balón encantado, ocurrió el milagro. El esférico brilló y ella jugó con una destreza prodigiosa, llevando a los Unicornios Brillantes a la victoria con un gol de ensueño.

La leyenda del balón encantado creció. Todos ansiaban sentirlo, pero solo Lucía podía controlarlo. Con cada juego, los Unicornios Brillantes resplandecían en el firmamento. Lucía compartía el balón, infundiendo velocidad y coraje en sus compañeros.

En el partido decisivo, los Unicornios Brillantes enfrentaron a las Águilas Voladoras ante un gimnasio repleto de aficionados fervientes. Con el marcador igualado y el tiempo agotándose, Lucía apretó el balón encantado y, con los ojos cerrados, lo impulsó hacia la red. Una explosión de luz inundó el lugar y los Unicornios Brillantes se alzaron con la victoria. La ovación fue unánime y Lucía se erigió como la heroína.

Lucía comprendió entonces la esencia del balón encantado: su magia no residía en ganar, sino en unir y destacar lo especial en cada uno. Desde aquel día, en Pelotavilla, el fútbol sala se juega con corazón y un toque de magia.

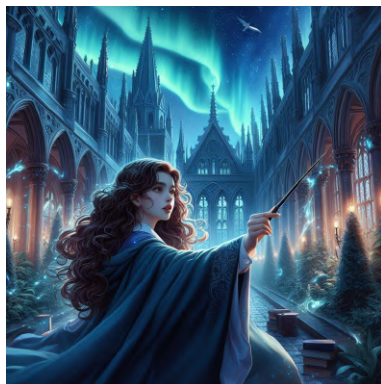
Así nació la tradición del Torneo Encantado de Fútbol Sala, un evento donde prevalecen la camaradería y el disfrute sobre cualquier premio. Y los Unicornios Brillantes... siguen iluminando los corazones de Pelotavilla. *Fin*

El Encanto de las Estrellas

por Julieta Aldeco Gutierrez, 1º7º

En el corazón del Bosque de las Mil Sombras, vivía una bruja llamada Aurora. Su cabello era la tonalidad del crepúsculo y sus ojos brillaban como estrellas lejanas. Aurora no era como las brujas que se escondían en las sombras; ella era buena, amable y curiosa.

Un día, una carta llegó a su puerta. Era una invitación a Estelaria University, una prestigiosa universidad para brujas y hechiceros. Aurora no podía creerlo. ¿Una bruja como ella, aceptada en una institución tan ilustre? Sus pies danzaron sobre las hojas secas mientras leía y releía la carta.



El día de la mudanza llegó. Aurora dejó atrás su cabaña de madera y se adentró en el mundo humano. Estelaria University estaba enclavada en una colina, con torres de piedra y jardines encantados. Los estudiantes se apresuraban por los pasillos,

algunos con libros flotando a su lado y otros con varitas mágicas en los bolsillos.

Aurora hizo amigos rápidamente. Luna, su compañera de habitación, compartía risas y secretos bajo las estrellas. Profesor Thorne, con su bata llena de polvo de hadas, le mostró los misterios de la biología mágica.

Pero no todos eran amigos. En el pasillo oscuro, Aurora se cruzó con Morgana, una bruja de cabello azabache y mirada helada. Morgana era ambiciosa y despiadada. Quería el poder que solo Aurora poseía: la habilidad de comunicarse con las estrellas y leer su destino.

Una noche, Morgana la atrapó sola en la biblioteca. Sus ojos brillaron con malicia. —Aurora, tu estrella es la más brillante de todas. Si me das tu don, seré invencible.

Aurora negó con la cabeza. —No puedo. Las estrellas me eligieron para proteger su sabiduría. Morgana alzó su varita. —Entonces, te lanzaré un hechizo de olvido. Olvidarás todo lo que sabes sobre las estrellas.

Pero antes de que Morgana pudiera pronunciar las palabras, una ráfaga de viento entró por la ventana. Era Luna, la amiga de Aurora. —¡Detente! —gritó—. Las estrellas no nos pertenecen. Solo podemos aprender de ellas.

Morgana huyó, pero la amistad de Aurora y Luna se fortaleció. Juntas, exploraron los secretos de las constelaciones y descubrieron que el poder verdadero no radicaba en la ambición, sino en la conexión con el universo. Aurora siguió protegiendo su estrella, y Morgana, en su soledad, aprendió a

mirar al cielo con asombro. Estelaria University se llenó de risas, hechizos y amistades inquebrantables.

Y así, la bruja buena y la bruja ambiciosa escribieron su propio destino bajo la bóveda estrellada. *Fin*

El Brillo de las Estrellas

por Bautista Cofre con Genaro Aguirre, 1º7º

Había una vez un niño llamado Alex, un chico tranquilo y soñador que vivía en un pequeño pueblo. Sin embargo, su vida escolar no era tan idílica como sus sueños. En la escuela, Alex sufría bullying. Los compañeros de clase se burlaban de él por su timidez y su amor por la ciencia.



Un día, la escuela anunció una feria de ciencias. Alex se emocionó. Era su oportunidad de demostrar su valía y ganarse el respeto de sus compañeros. Pasó semanas preparando su proyecto: un telescopio casero para observar las estrellas. Alex estaba decidido a brillar como las constelaciones que tanto amaba.

La noche antes de la feria, mientras ajustaba los lentes de su telescopio, escuchó risas maliciosas en el pasillo. Alguien había saboteado su proyecto. El telescopio estaba descalibrado y no

funcionaba correctamente. Alex sintió un nudo en el estómago. ¿Cómo podría enfrentarse a la feria sin su proyecto estrella?

Con determinación, Alex se puso manos a la obra. Trabajó toda la noche, desmontando y volviendo a armar el telescopio. A medida que el sol se asomaba por la ventana, el telescopio cobró vida. Alex había logrado arreglarlo justo a tiempo.

En la feria, los ojos curiosos se posaron en su proyecto. Los mismos compañeros que solían burlarse de él ahora lo miraban con asombro. Alex explicó cómo funcionaba su telescopio y señaló hacia el cielo. Las estrellas parecían más cercanas, como si pudieran tocarlas.

Los jueces quedaron impresionados. Alex ganó el primer premio en la categoría de ciencias. La directora le entregó una medalla y aplaudió su esfuerzo. Pero lo más importante fue lo que sucedió después: los matones que antes lo acosaban se acercaron a él. Algunos tímidamente, otros con una sonrisa sincera.

“¿Cómo lo hiciste?”, preguntó uno de ellos. “¿Cómo arreglaste el telescopio tan rápido?” Alex les explicó su proceso y compartió su pasión por la astronomía. Los matones escucharon atentamente. Desde ese día, todo cambió. Ya no había burlas ni insultos. Alex se convirtió en un héroe silencioso, alguien a quien admirar. Los chicos comenzaron a pedirle ayuda con sus propios proyectos y a verlo como un igual.

El brillo de las estrellas en los ojos de Alex se reflejaba ahora en los ojos de sus compañeros. La feria de ciencias no solo le dio un premio, sino también algo más valioso: respeto y amistad.

Alex aprendió que su pasión y su perseverancia podían cambiar su mundo.

Y así, en ese pequeño pueblo, el niño que una vez sufrió bullying se convirtió en una inspiración para todos. Su telescopio seguía apuntando al cielo, pero ahora también apuntaba hacia los corazones de quienes lo rodeaban. *Fin*

Juan de las Calles: El Héroe Anónimo

por Joaquín Ubilla con Ignacio Martínez, 1º7º

En las sombrías callejuelas de la ciudad, donde los edificios se alzaban como gigantes de acero y el crujir de los neumáticos sobre el asfalto era la banda sonora constante, vivía un hombre común llamado Juan. Nadie sospechaba que bajo su apariencia corriente se ocultaba un poder extraordinario.

Juan trabajaba en una pequeña tienda de reparación de bicicletas. Su vida era rutinaria: arreglar cadenas, ajustar frenos y charlar con los vecinos. Pero una noche, todo cambió. Mientras caminaba a casa después de su turno, escuchó un grito desgarrador. Siguió el sonido hasta un callejón oscuro. Allí, un grupo de matones rodeaba



a un anciano indefenso. Juan no lo pensó dos veces. Se quitó la chaqueta y saltó al rescate.

Los matones se burlaron de él. “¿Quién crees que eres, Spider-Man?”, se rieron. Pero Juan no era un hombre común. Cuando sintió la adrenalina correr por sus venas, algo cambió. Su cuerpo se volvió ágil y sus sentidos se agudizaron. Saltó entre los matones como una araña en su telaraña. Los derribó uno por uno, sin esfuerzo. El anciano lo miró con asombro. “¿Quién eres?”, preguntó. “Juan”, respondió, sin dar más detalles. “Solo soy alguien que no puede quedarse de brazos cruzados”.

Esa noche, Juan se convirtió en Juan de las Calles, el héroe anónimo. No tenía traje ni superpoderes espectaculares, pero su valentía y su habilidad para enfrentarse a los matones lo hicieron legendario. Los ciudadanos comenzaron a hablar de él en susurros: “¿Has oído hablar de Juan? Salva a la gente en las calles”.

Juan patrullaba la ciudad todas las noches. Saltaba de tejado en tejado, persiguiendo a los delincuentes y protegiendo a los inocentes. Su telaraña era una cadena de bicicleta, su máscara una bufanda anudada alrededor de su rostro. Pero Juan también tenía sus demonios. Recordaba la mirada de gratitud del anciano en el callejón, pero también las lágrimas de su hija cuando no pudo salvarla de un asalto. No podía salvar a todos, pero eso no lo detenía.

Un día, mientras patrullaba, encontró a una niña llorando en un parque. Había perdido a su perro. Juan la consoló y prometió encontrar a su mascota. Pasó toda la noche buscando al pequeño peludo y finalmente lo encontró atrapado en un desagüe. La niña lo abrazó con fuerza y le agradeció.

“¿Cómo te llamas?”, preguntó la niña. “Juan”, respondió. “¿Juan de las Calles?”, preguntó ella, con ojos brillantes. Juan sonrió. “Sí, algo así”. Y así, Juan siguió balanceándose entre los edificios, sin fama ni reconocimiento, pero con el corazón lleno de propósito. Porque, a veces, los héroes no necesitan capas ni trajes brillantes. A veces, solo necesitan la voluntad de hacer lo correcto, incluso en las calles más oscuras. *Fin*

El Campeonato de los Valores

por Francisco Salguero con Bautista Grimalt, 1º7º

En la pequeña escuela de San Martín, el fútbol no era solo un deporte; era un vínculo que unía corazones y forjaba amistades. El torneo anual se acercaba, y todos los niños estaban emocionados. Fran y Bauti, dos amigos inseparables, soñaban con levantar la copa juntos.



El día del primer partido, el sol brillaba en el cielo como un faro de esperanza. Fran, con su camiseta azul, y Bauti, con la roja, se abrazaron antes de salir al campo. El entrenador, Don Carlos, les recordó los valores que debían llevar consigo: respeto, esfuerzo, trabajo en equipo y fair play.

El primer encuentro fue contra el equipo de la Escuela Primavera. Fran y Bauti corrían como el viento, pero no olvidaban las palabras del entrenador. Cuando un rival caía, le

extendían la mano para ayudarlo a levantarse. Celebraban los goles con alegría, pero sin burlarse del contrario.

El segundo partido fue más difícil. El equipo de la Escuela Libertad era fuerte y rápido. Fran y Bauti se miraron y supieron que necesitaban confiar en su compañerismo. Fran pasó el balón a Bauti, quien, en un giro mágico, anotó el gol de la victoria. Se abrazaron, sudorosos y sonrientes, sabiendo que el trabajo en equipo era la clave.

El tercer partido fue contra la Escuela Esperanza. El marcador estaba empatado, y el tiempo se agotaba. Fran recibió un pase largo y se encontró solo frente al arco. Pero en lugar de disparar, vio a Bauti en una mejor posición. Le pasó el balón, y Bauti anotó el gol ganador. Fran sabía que el verdadero triunfo estaba en compartir.

En la final, se enfrentaron al equipo de la Escuela Amistad. El estadio estaba lleno de padres y amigos. Fran y Bauti se abrazaron antes de salir al campo. El partido fue intenso, pero nunca olvidaron los valores. Cuando un rival caía, lo ayudaban. Cuando perdían, aplaudían al contrario. Y cuando ganaron, levantaron la copa juntos.

El entrenador Don Carlos sonrió al ver a Fran y Bauti. “El fútbol es más que goles”, les dijo. “Es sobre amistad, respeto y aprender a ser mejores personas”. Fran y Bauti asintieron, sabiendo que habían ganado algo más valioso que un trofeo: habían ganado el corazón del juego limpio.

Y así, en la escuela de San Martín, el Campeonato de los Valores se convirtió en una tradición. Fran y Bauti siguieron

jugando juntos, recordando siempre que el fútbol no solo se trataba de ganar, sino de crecer como seres humanos. *Fin*

Esteban y el Robot de los Deseos

por Francisco Salguero con Bautista Grimalt, 1º7º

Había una vez un niño llamado Esteban que vivía en un pequeño pueblo rodeado de montañas. Esteban era un chico curioso y soñador, siempre buscando nuevas aventuras. Su mejor amigo, Carlos, era todo lo contrario: práctico, realista y un poco cínico.

Un día, mientras jugaban en el parque, Carlos retó a Esteban. “Esteban, si eres tan ingenioso como dices, ¿por qué no construyes algo que pueda hacer todo lo que quieras? Algo que cumpla tus deseos al instante”. Esteban se quedó pensando. ¿Qué podría construir que fuera tan asombroso? Miró a su alrededor y vio una vieja caja de herramientas en el rincón del parque. La caja estaba llena de piezas de metal, cables y engranajes. Esteban sonrió. Tal vez podría construir un robot.



Así comenzó su proyecto secreto. Esteban pasaba horas en su pequeño taller, soldando piezas, conectando cables y

programando circuitos. Carlos se burlaba de él. “¿Crees que puedes crear un robot mágico? Eres un niño, Esteban, no un genio”.

Pero Esteban no se rindió. Trabajó día y noche, alimentado por su determinación y su imaginación. Finalmente, después de semanas de esfuerzo, el robot estuvo listo. Era un pequeño autómeta con ojos brillantes y brazos articulados. Esteban lo llamó “Deseobot”.

“Deseobot”, dijo Esteban, “quiero un helado de chocolate”. El robot se movió y, en un abrir y cerrar de ojos, apareció un helado en su mano. Esteban rió de alegría. “¡Funciona!” Carlos estaba asombrado. “¿Cómo lo hiciste, Esteban?”

“Es simple”, respondió Esteban. “Deseobot está conectado a mi mente. Puede leer mis pensamientos y cumplir mis deseos. Pero hay una regla: solo puedo pedir cosas para mí mismo”.

Los días pasaron, y Esteban y Deseobot se volvieron inseparables. El robot preparaba sus comidas, le ayudaba con la tarea y hasta le conseguía entradas para el cine. Carlos estaba celoso. “Esto no es justo”, se quejó. “¿Por qué no puedo tener un Deseobot?”

Pero Esteban sabía que su creación tenía un precio. Cada deseo consumía parte de su energía vital. Si abusaba de Deseobot, podría perderlo para siempre. Así que Esteban usaba su robot con cuidado, solo para cosas importantes. Un día, Carlos se acercó a Esteban con los ojos brillantes. “Esteban, necesito tu ayuda. Mi abuela está enferma. ¿Crees que Deseobot podría curarla?” Esteban dudó. “No sé, Carlos. Eso sería un deseo muy

grande". Pero Carlos insistió. "Por favor, Esteban. Haría cualquier cosa por mi abuela".

Así que Esteban le pidió a Deseobot que curara a la abuela de Carlos. El robot se movió, y Carlos recibió una llamada. Su abuela estaba mejorando. Carlos abrazó a Esteban con gratitud. Pero esa noche, Deseobot se apagó. Esteban lo miró con tristeza. "Cumplir deseos tiene un costo, amigo mío. Y ahora, Deseobot ha agotado su energía".

Carlos sonrió. "Gracias, Esteban. A veces, los amigos son más valiosos que los deseos".

Y así, Esteban aprendió que la verdadera magia no estaba en un robot, sino en la amistad y el amor que compartía con Carlos y su abuela. Desde entonces, Esteban guardó a Deseobot en su taller como un recuerdo de su ingenio y su amistad.

Y cada vez que miraba al pequeño autómatas, recordaba que los deseos pueden ser poderosos, pero el corazón humano es aún más extraordinario. *Fin*

